

ANTONIO BRAVO TISNER

**MEDITACIONES SOBRE
LA ALEGRÍA CRISTIANA**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2012
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1795-6
Depósito legal: S. 192-2012
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

Introducción, 9

1. Invitación profética a la alegría, 21
2. Jesús, nuestra alegría, 37
3. La alegría y las alegrías de Jesús, 55
4. La alegría, fuente de radicalidad evangélica, 77
5. El gozoso camino de las bienaventuranzas, 93
6. No entristezcáis al Espíritu Santo, 113
7. La alegría del discípulo a la luz de Juan 13–17, 133
8. La alegría del apóstol, 151
9. Formar y formarse para la alegría, 169
10. La Palabra, fuente de alegría, 187

Índice general, 205

INTRODUCCIÓN

Jesús resucitado sale hoy de nuevo a nuestro encuentro. Como a los discípulos, nos pregunta: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». «Ellos se detuvieron con aire entristecido», señala el relato evangélico (Lc 24, 17). Habían arriesgado mucho para seguir a Jesús; ahora, fracasados y decepcionados por la muerte del «profeta poderoso en obras y palabras», regresaban a casa. Sus esperanzas no se habían cumplido.

También las mujeres anduvieron desorientadas en un primer momento. Impulsadas por el amor, habían acudido de madrugada al sepulcro para embalsamar el cuerpo del que había sido ejecutado en el madero como un maldito. Los ángeles salen a su encuentro y les preguntan: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5). María Magdalena lloraba porque se habían llevado a su Señor y no sabía dónde lo habían puesto; pensaba que lo habían robado (cf. Jn 20, 1-18). Los Once estaban encerrados, replegados en ellos mismos, por miedo a los judíos. Cuando se les aparece Jesús, se llenan de alegría, hasta el punto de no dar crédito a lo que estaban viendo (cf. Jn 20, 19-20; Lc 24, 41). El reconocimiento de Jesús resucitado hace pasar a la comunidad apostólica de la tristeza a la alegría, del miedo a la audacia del testigo, del misionero.

La comunidad de Pentecostés se caracterizaba por su alegría desbordante. Alegría que les llevaba a dar testimonio en las plazas públicas. El impulso misionero brota de la alegría¹, del deseo de

1. Benedicto XVI, haciendo balance de las «jornadas mundiales de la juventud» ante los cardenales (22.12.2008), decía: «La fiesta es parte integrante de la alegría. La fiesta se puede organizar, la alegría no. Solo puede ofrecerse como don; y, de hecho, se nos ha dado en abundancia: por eso nos sentimos agradecidos. Así como Pablo califica la alegría de fruto del Espíritu Santo, del mismo modo también Juan, en su evangelio, ha unido íntimamente el Espíritu y la alegría. *El Espíritu nos da la alegría*. Y es la alegría.

compartir la dicha de la salvación, de comunicar a todos la alegría del reino de Dios. Donde está el Espíritu del Señor hay gozo, libertad y verdad: la alegría es fruto del Espíritu, no conquista nuestra; forma parte del cortejo del amor: «El fruto del Espíritu es: amor, alegría...» (Gal 5, 22). Si queremos gozar del fruto del Espíritu y hacerlo crecer en nuestro entorno, no podemos dejar de plantearnos en la oración y la reflexión cómo estamos viviendo la fe, la esperanza y el amor. No hay alegría si falta el amor, y no hay gozo en el alma si está ausente la esperanza de la fe. Cuando el Espíritu falta, la verdadera alegría se eclipsa. Como el amor y la fe, la alegría es don que ha de ser pedido, recibido y cultivado con esmero. Sin alegría, faltará el impulso misionero y la radicalidad evangélica. «La vida apostólica», la propia de los discípulos de Jesucristo, proviene de la experiencia gozosa de haber encontrado al Mesías esperado por el pueblo de la alianza.

Juan Pablo II señaló el déficit de esperanza como una de las características de Europa y de las sociedades ricas en general. El ídolo del dinero, como el de la ciencia, no puede proporcionar la verdadera alegría, aun cuando los líderes del sistema traten de inculcar lo contrario en las masas. La depresión, que tantas víctimas se cobra hoy, desenmascara a cuantos pretenden presentar un hombre realizado en el placer. En un mundo lleno de proyectos y expectativas, falta el dinamismo propio de la gozosa esperanza. El pan y el circo divierten y apaciguan, pero no dan necesariamente el gozo interior, la alegría que viene del Espíritu de Dios. El dinamismo de la esperanza lleva al compromiso definitivo, mientras que los proyectos de la sociedad del bienestar incapacitan para lo definitivo. La falta de fe y esperanza contribuye a mantener los ídolos y, por tanto, la injusticia y la violencia en nuestro mundo.

Ante las crisis del sistema neoliberal, unos y otros se precipitan para reparar el sistema. Se teme la quiebra del Estado del Bienestar y se trabaja para evitarla a toda costa. Pero apenas si nos plantea-

La alegría es el don en el que todos los demás dones están resumidos. Es la expresión de la felicidad, del estar en armonía consigo mismo, algo que solo puede derivarse de estar en armonía con Dios y con su creación. Forma parte de la naturaleza de la alegría el irradiarse, tener que comunicarse. *El espíritu misionero de la Iglesia no es más que el impulso por comunicar la alegría que se nos ha dado».*

mos por qué se da un déficit tan grande de alegría en nuestro mundo y en la misma Iglesia. Existen, sin duda, motivos para el cansancio, la preocupación y la tristeza; pero no podemos dejar de plantearnos por qué sucede esto y mirar la vida real, no la virtual, para discernir qué colaboración espera el Señor de nosotros en este momento para aportar la paz y la alegría verdaderas al mundo. Quien busca la alegría en los bienes de la tierra, en poseer, pronto caerá víctima de la depresión y la angustia propias del avaro. Quien busca el gozo en el valer, se volverá cada vez más esclavo de su imagen, de su yo. Quien busca la felicidad en el poder político, técnico e ideológico, se incapacitará para la fraternidad y la verdadera alegría, ya que estas resultan imposibles donde existe rivalidad y envidia.

La alegría auténtica, la que viene del Espíritu, es difusiva; no sabe de envidias ni rivalidades. La persona alegre no se repliega sobre sí: confía en los demás y encuentra su realización compartiendo lo que tiene y lo que sabe. La persona crece en alegría y felicidad en la medida en que comparte. El concilio Vaticano II nos invita a compartir los gozos y las alegrías de nuestro mundo, junto con sus sufrimientos y luchas (cf. GS 1). La Iglesia comparte con más facilidad las penas que las alegrías del mundo. A este respecto, hemos de preguntarnos: ¿no será que adoptamos demasiado una actitud simplemente moralista?

Una de las tareas más urgentes de este momento es la formación para la verdadera alegría, para descubrir los caminos de la alegría, sin claudicar ante ciertas corrientes hedonistas de nuestro mundo que reducen la alegría al placer y la evasión. El placer y la alegría no siempre van de la mano. El que mata la conciencia, jamás experimentará el gozo de sentirse amado, buscado y perdonado.

1. EL DON DE LA ALEGRÍA

La alegría es un don que debemos pedir con constancia y humildad y acoger de forma activa. Esto implica aprender a vivir las alegrías normales de la vida, así como las pruebas y tristezas que entraña alumbrar el hombre nuevo en nosotros y en los demás.

La vida y el compromiso cristianos, así como el ministerio sacerdotal y la vida consagrada, se desarrollan entre frecuentes contra-

dicciones y dificultades, provenientes tanto de dentro como de fuera de la comunidad eclesial. Sucedió siempre así y no puede extrañarnos. Pero no es menos verdad que la vida del discípulo del reino de Dios está alimentada desde dentro por la alegría y la libertad del Espíritu. Pablo hacía esta confidencia a la comunidad de Corinto: «Dadnos cabida en vuestros corazones. A nadie ofendimos, a nadie arruinamos, a nadie explotamos. No os digo esto para condenaros, pues ya os he dicho que os tengo en el corazón hasta el punto de que compartimos muerte y vida. Puedo hablaros con toda franqueza, estoy orgulloso de vosotros, estoy lleno de consuelo, desborde de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor 7, 3-4). Sí, el Señor quiere hacernos partícipes de esta alegría sobreabundante, verdadero don del Espíritu Santo. Pero notemos bien: se trata de desbordar de gozo en las tribulaciones compartidas. No estamos ante una alegría fácil, ajena a la prueba. La alegría nos permite seguir trabajando, caminando y arriesgando en la existencia testimonial.

¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios! Pues así como en nosotros abundan los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación. Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos. Es firme nuestra esperanza respecto de vosotros; pues sabemos que, como sois solidarios con nosotros en los sufrimientos, así lo seréis también en la consolación.

Pues no queremos que lo ignoréis, hermanos: la tribulación sufrida en Asia nos abrumó hasta el extremo, por encima de nuestras fuerzas, hasta tal punto que perdimos la esperanza de conservar la vida. Pues hemos tenido sobre nosotros mismos la sentencia de muerte, para que no pongamos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios, que resucita a los muertos. Él nos libró de tan mortal peligro y nos librárá; en él esperamos que nos seguirá librando, si colaboráis también vosotros con la oración en favor nuestro, para que la gracia obtenida por intervención de muchos sea agradecida por muchos en nuestro nombre (2 Cor 1, 3-11).

Para compartir con los hombres el consuelo y el gozo del Espíritu, fuente de fortaleza y de libertad, necesitamos vivirlos en nuestra existencia concreta. El evangelio de Dios no podrá ser acogido por los hombres si no lo experimentan como fuente de alegría y libertad. Pero estas, como veremos con más detenimiento, implican un aprendizaje en medio de las pruebas y dificultades de nuestro entorno social y eclesial. Quien se deja atrapar por la acritud y por la amargura se incapacita para ser testigo de la Buena Nueva del Reino. Iniciemos este itinerario de reflexión y oración suplicando al Señor que derrame en nuestros corazones la alegre esperanza junto con el amor del que ella brota (cf. Rom 5, 5). Ahora bien, esto supone abrirse incondicionalmente a la acción del Espíritu.

2. EL ANHELO DE FELICIDAD DEL HOMBRE

Dios creó al hombre para la alegría y la felicidad, no para el dolor y la tristeza. Nos creó para la comunión con él, fuente de vida y gozo. La alegría del Espíritu arranca de aquí. El anhelo de felicidad, presente tanto en el niño como en el anciano, es un presentimiento de que nuestro corazón está hecho para Dios. Él nos creó para la alianza de amor, para la comunicación y la felicidad sin ocaso. Por ello la alegría cristiana no se opone a las verdaderas alegrías de nuestro mundo, sino que les da su fundamento y sentido. El dolor y la tristeza no proceden de Dios, sino de la rebeldía del hombre.

Todo lo que Dios hizo era bueno y hermoso, y el hombre debía disponer de ello con verdad y discernimiento. ¡Esta es la cuestión: cómo vivir con verdad y discernimiento! Para esto se le regaló al hombre la libertad y la inteligencia. Pero, engañado por la serpiente, el hombre cortó con la fuente de la vida, la libertad y la felicidad. De ahí la necesidad de reeducarse, para que las alegrías de este mundo lo reconduzcan a la fuente de la verdadera alegría. El anhelo de una felicidad sin ocaso es la expresión de ese rescoldo de la vocación divina que el hombre lleva en sí². El hijo prodigo buscó la libertad y

2. «Poniendo al hombre en medio del universo, que es obra de su poder, de su sabiduría, de su amor, Dios dispone la inteligencia y el corazón de su criatura –aun antes de manifestarse personalmente mediante la revelación– al encuentro de la alegría y a la vez de la verdad» (*Gaudete in Domino*, 5).

la felicidad lejos de la casa paterna, pero, al experimentar el fracaso, regresó al padre; así halló el camino de la fiesta y la alegría, su dignidad filial. El hijo mayor fue invitado a recorrer dicho camino, que es el mismo para todos nosotros. Hay que entrar en la casa del Padre para celebrar y compartir su alegría (cf. Lc 15, 11-31).

Dios ofrece la vida y la alegría a cuantos quieran recibirlas. La aspiración a la realización y a la felicidad está, por tanto, de acuerdo con el Misterio revelado en Cristo. Él es nuestra alegría, en última instancia. Ahora bien, si Jesús es nuestra alegría, es preciso vivirla aquí y ahora. «Hoy se cumple esta Escritura», hoy estamos invitados a entrar en el gozo del Señor. Ciertamente, la felicidad se consumará en Dios porque ya ha comenzado en la tierra. Por ello importa mucho ser «siervos buenos y fieles», para entrar en el gozo del Señor, pues los «malos y haraganes» no entrarán (cf. Mt 25, 14-30)³.

El hombre glorifica al Señor en la medida en que recibe lo creado como don y lo cultiva con diligencia, de acuerdo con el proyecto de la Palabra creadora. Es la clave para vivir en el agradecimiento y la dependencia amorosa, en la alabanza y la comunión con la fuente de la vida. La «indiferencia» ignaciana se basa en el reconocimiento de Dios, de quien procede todo don. Es, por otro lado, la forma de usar con alegría y fruición todas las cosas que Dios creó para el hombre. Benedicto XVI nos recuerda que debemos aprender a vivir del don: «El amor puede ser ‘mandado’ porque antes es dado» (DCE 14). Pablo VI, apoyándose en santo Tomás de Aquino, insistió en que la verdadera alegría se halla en la vivencia de una real armonía con lo creado, en una auténtica comunión con los demás, cuyo fundamento se encuentra en la comunión con Dios⁴.

3. Ignacio de Loyola abre con estas palabras la primera semana de Ejercicios: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe quitarse de ellas cuanto para ello le impidan. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás, solamente deseando y eligiendo lo que más conduce para el fin que somos criados» (R 23).

4. «Al dirigir la mirada sobre el mundo, ¿no experimenta el hombre un deseo natural de comprenderlo y dominarlo con su inteligencia, a la vez que aspira a lograr su

Ahora bien, la comunión del hombre con Dios acontece en la historia: una historia dramática, de rebeldías y pecados; el hombre libre no siempre acierta a discernir y usar su libertad de manera responsable. Es preciso ser realista: no existe la dicha perfecta en nuestro mundo. Todos debemos asumir que la felicidad perfecta no se encuentra más que en Dios, que es nuestra meta verdadera. La vida no es solo un valle de lágrimas, pero tampoco el paraíso soñado. Únicamente quien aprenda a vivir desde la finitud se abrirá a la fuente del gozo sin ocaso. La vida humana tiene mucho de paradójico. La luz brota de la unión del polo positivo y del polo negativo. No podemos prescindir ni de uno ni de otro⁵.

Puesto que la vida está entretejida de gozos y tristezas, la misión de la Iglesia será aportar las auténticas razones para seguir esperan-

realización y felicidad? Como es sabido, existen diversos grados en esta 'felicidad'. Su expresión más noble es la alegría o 'felicidad' en sentido estricto, cuando el hombre, a nivel de sus facultades superiores, encuentra su satisfacción en la posesión de un bien conocido y amado [Tomás de Aquino, *Suma teológica* I-II, q.31, a.3]. De esta manera, el hombre experimenta la alegría cuando se halla en armonía con la naturaleza y sobre todo la experimenta en el encuentro, la participación y la comunión con los demás. Con mayor razón conoce la alegría y felicidad espirituales cuando su espíritu entra en posesión de Dios, conocido y amado como bien supremo e inmutable [*ibid.*, II-II, q.28, a.1 y 4]. Poetas, artistas, pensadores, hombres y mujeres simplemente disponibles a una cierta luz interior, pudieron, antes de la venida de Cristo, y pueden en nuestros días, experimentar de alguna manera la alegría de Dios» (*Gaudete in Domino*, 6).

5. «Pero ¿cómo no ver a la vez que la alegría es siempre imperfecta, frágil, quebradiza? Por una extraña paradoja, la misma conciencia de lo que constituye, más allá de todos los placeres transitorios, la verdadera felicidad, incluye también la certeza de que no hay dicha perfecta. La experiencia de la finitud, que cada generación vive por su cuenta, obliga a constatar y a sondear la distancia inmensa que separa la realidad del deseo de infinito. Esta paradoja y esta dificultad de alcanzar la alegría parecen a Nos especialmente agudas en nuestros días. Y esta es la razón de nuestro mensaje. La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tienen otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos. Esto llega a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar. ¿Será que nos sentimos impotentes para dominar el progreso industrial y planificar la sociedad de una manera humana? ¿Será que el porvenir aparece demasiado incierto y la vida humana demasiado amenazada? ¿O no se trata más bien de soledad, de sed de amor y de compañía no satisfecha, de un vacío mal definido? Por el contrario, en muchas regiones, y a veces bien cerca de nosotros, el cúmulo de sufrimientos físicos y morales se hace oprimente: ¡tantos hambrientos, tantas víctimas de combates estériles, tantos desplazados! Estas miserias no son quizá más graves que las del pasado, pero toman una dimensión planetaria; son mejor conocidas, al ser difundidas por los medios de comunicación social, al menos tanto cuanto las experiencias de felicidad; ellas abruma las conciencias, sin que con frecuencia pueda verse una solución humana adecuada» (*ibid.*, 7-8).

do, indicar los caminos de la verdadera alegría, de esa alegría que nada ni nadie nos puede arrebatarse. Nuestro mundo necesita testigos de una alegría verdadera y comprometida.

Nada hay más ajeno a la verdadera alegría que la evasión y el repliegue sobre uno mismo. Las Sagradas Escrituras insisten en esta verdad. Puesto que el Señor está cerca de quienes lo invocan, el pueblo puede caminar en la alabanza y la alegría (cf. Sal 145, 18). Pablo invitaba a sus comunidades a la conversión y a la lucha por el Evangelio, pero no desde una mera exigencia ética, sino desde la llamada a poner su alegría en el Señor: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres» (Flp 4, 4). «El Dios de la esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestra fe, hasta rebosar de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo» (Rom 15, 13). El cristiano está llamado a vivir la alegría, la paz y la esperanza, los bienes mesiánicos en lo concreto de la existencia. Lo hace por la fuerza del Espíritu, que le impulsa a trabajar para que todos los hombres puedan encontrar el camino de la felicidad y la alegría sin ocaso. Pero no olvidemos que la vida eterna ya ha comenzado, pues consiste en conocer al verdadero Dios y a su enviado Jesucristo (cf. Jn 17, 3). Felicidad y alegría son don de Dios y pueden ser vividas ya en este mundo⁶.

El hombre necesita redescubrir el camino de la alegría, de la alegría de la fe. Es una cuestión, ante todo, de orden espiritual. Solo quien se acerca a Dios y se aparta del pecado producirá frutos de amor y alegría. Estas reflexiones, inspiradas en la exhortación apostólica de Pablo VI, *Gaudete in Domino*, buscan introducir en

6. Pablo VI lo decía con estas palabras, después de haber evocado los sufrimientos de la humanidad: «Sin embargo, esta situación no debería impedirnos hablar de la alegría, esperar la alegría. Es precisamente en medio de sus dificultades cuando nuestros contemporáneos tienen necesidad de conocer la alegría, de escuchar su canto. Nos compartimos profundamente la pena de aquellos sobre quienes la miseria y los sufrimientos de toda clase arrojan un velo de tristeza. Nos pensamos de modo especial en aquellos que se encuentran sin recursos, sin ayuda, sin amistad, que ven sus esperanzas humanas desvanecidas. Ellos están presentes más que nunca en nuestras oraciones y en nuestro afecto... Los hombres evidentemente deberán unir sus esfuerzos para procurar al menos un mínimo de alivio, de bienestar, de seguridad, de justicia, necesarios para la felicidad de las numerosas poblaciones que carecen de ella. Tal acción solidaria es ya obra de Dios; y corresponde al mandamiento de Cristo. Ella procura la paz, restituye la esperanza, fortalece la comunión, dispone a la alegría para quien da y para quien recibe, porque hay más gozo en dar que en recibir (cf. Heh 20, 35)» (*Gaudete in Domino*, 9-11).

la alegría cristiana⁷. A ella estamos convocados todos en la Iglesia. El aire triste de los discípulos es expresión de una fe raquítica. Llevar el Evangelio de la paz al mundo es llevar a los corazones y los pueblos la alegría de Dios.

No se trata de desconfiar de las alegrías propias de lo humano. Jesús las experimentó y vivió en Nazaret y por los caminos de Galilea. Lo que cuenta es darles su fundamento, para que sean alegrías verdaderas y sin ocaso. La vocación del hombre es la participación plena en la alegría del Padre.

3. LA ALEGRÍA SEGÚN LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

En las reglas de discernimiento para la segunda semana, Ignacio presenta la alegría del Espíritu como criterio último para discernir la acción del Señor en el ejercitante. Leamos y comentemos algunas de estas reglas, a fin de aprender a distinguir lo que viene de Dios, para aceptarlo, y lo que viene del enemigo, para rechazarlo⁸. La alegría consiste en vivir del amor de Cristo de una manera incondicional y vencer al enemigo, que nos tienta con mucha frecuencia bajo especie de bien.

7. «Pero el tema de la presente Exhortación se sitúa más allá. Porque el problema nos parece de orden espiritual sobre todo. Es el hombre, en su alma, el que se encuentra sin recursos para asumir los sufrimientos y las miserias de nuestro tiempo. Estas le abruma; tanto más cuanto que a veces no acierta a comprender el sentido de la vida; que no está seguro de sí mismo, de su vocación y destino trascendentes. Él ha desacralizado el universo y, ahora, la humanidad; ha cortado a veces el lazo vital que lo unía a Dios. El valor de las cosas, la esperanza, no están suficientemente asegurados. Dios le parece abstracto, inútil: sin que lo sepa expresar, le pesa el silencio de Dios. Sí, el frío y las tinieblas están en primer lugar en el corazón del hombre que siente la tristeza. Se puede hablar aquí de la tristeza de los no creyentes, cuando el espíritu humano, creado a imagen y semejanza de Dios, y por tanto orientado instintivamente hacia él como hacia su Bien supremo y único, queda sin conocerlo claramente, sin amarlo, y por tanto sin experimentar la alegría que aporta el conocimiento, aunque sea imperfecto, de Dios y sin la certeza de tener con Él un vínculo que ni la misma muerte puede romper. ¿Quién no recuerda las palabras de san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti»? El hombre puede verdaderamente entrar en la alegría acercándose a Dios y apartándose del pecado. Sin duda alguna «la carne y la sangre» son incapaces de conseguirlo (cf. Mt 16, 17). Pero la Revelación puede abrir esta perspectiva y la gracia puede operar esta conversión. Nuestra intención es precisamente invitaros a las fuentes de la alegría cristiana. ¿Cómo podríamos hacerlo sin ponernos nosotros mismos frente al designio de Dios y a la escucha de la Buena Nueva de su Amor?» (*Gaudete in Domino*, 13-15).

8. G. Arana, *Compañeros de Jesús. Ejercicios espirituales en la vida corriente*, Bilbao 1991, 91.

En la regla 329, leemos: «Propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación, que el enemigo induce; del cual es propio militar contra la tal alegría y consolación espiritual, trayendo razones aparentes, sotilezas y asiduas falacias». Así pues, lo propio de Dios es «dar verdadera alegría y gozo espiritual», mientras que lo propio del enemigo es inducir a la tristeza y la turbación. Necesitamos discernir por qué andamos a veces tristes y cabizbajos. Las indicaciones de san Ignacio nos remiten a Gal 5, 22: el Espíritu de Dios produce alegría en el creyente. La alegría es el signo escatológico de los que han sido liberados para la libertad. El Espíritu hace vivir en la dinámica de las bienaventuranzas del reino de Dios, las hace desear y vivir con fruición. La vocación proveniente de Dios es un camino de plena realización, de alegría. El seguimiento de Jesucristo pobre y la evangelización de los pobres conducen al discípulo a la alegría si proceden de la gracia, pero inducen a la tristeza, amargura y crispación si nacen de la ideología (estaríamos en tal caso ante la tentación bajo apariencia de bien). Esto no quiere decir que la alegría no sea seria y recia; la alegría se opone a la tristeza, no a la seriedad.

La alegría que viene de Dios es *gratuita*, es un don. Por tanto, no se puede ni comprar ni vender. «¡Oh todos los sedientos, id por agua, y los que no tenéis plata venid, comprad y comed, sin plata, y sin pagar, vino y leche! ¿Por qué gastar plata en lo que no es pan y vuestro jornal en lo que no sacia? Hacedme caso y comed cosa buena, y disfrutaréis con algo sustancioso. Aplicad el oído y acudid a mí, oíd y vivirá vuestra alma. Pues voy a firmar con vosotros una alianza eterna: las amorosas y fieles promesas hechas a David» (Is 55, 1-4). Es desinteresada y desprendida, interior y honda, seria y humilde, desbordante y difusiva. Nadie la puede arrebatarse del corazón del creyente, nadie la puede detener. Invade a la persona y la hace salir de sí misma para darse a los demás, para llevarlos a la fuente, como hicieron los primeros discípulos al encontrar a Jesús. La alegría es la fuente de la misión y de la radicalidad evangélica. Por ello el enemigo –dice san Ignacio– milita contra la verdadera alegría: busca turbar y entristecer con falsas razones, sutiles engaños y continuas mentiras.

La regla 330 dice: «Solo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es propio del Creador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto, por el cual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad». La alegría y consolación de Dios es puro don. No viene de una causa y un objeto proporcionados. Es la experiencia gozosa de un Dios que entra y sale con libertad en el alma del hombre, el cual se siente profundamente amado y renovado en la verdad y la libertad. La alegría del Espíritu entra en el corazón que se abre por la fe al misterio pascual. La fiesta puede organizarse, la alegría no. Es don de Dios. Es fruto del Espíritu en quienes acogen a Jesucristo como camino, verdad y vida (cf. Jn 14, 6). En cuanto bien de los tiempos mesiánicos, la alegría integra en sí todos los demás dones. «Alegraos siempre en el Señor, porque él está cerca de cuantos lo invocan de veras» (cf. Flp 4, 4; Sal 145, 18).